

El puente está quebrado. Historia de un atajo



*Myriam Luz Buitrago Arcila**

myriliteratura@hotmail.com

Es la hora del descanso; en la distancia se observan varios grupos de niños haciendo lo que más les gusta: jugar. Un montículo de tierra junto a las canchas oculta la columna vertebral que separa el presente del pasado, pero la línea es tan delgada que algunas veces resulta imposible distinguirlos. Es el caño que divide a la Academia La Salle–San Benildo y el barrio San Antonio Norte, que entre sus paredes mojadas por las aguas lluvia, alberga el eco del puente que un día existió.

Aquel puente, del que no se tiene registro fotográfico conocido, parecía una de esas camillas utilizadas en construcción, para sostener las planchas, pero ¿qué podría tener de especial y digno de contar una estructura tan sencilla? La destartada armadura no sólo servía para que los alumnos entraran al colegio, era el pasaje más utilizado para ingresar al que en aquel entonces era llamado pomposamente barrio. En realidad había pocas casas que parecían más ranchos que cualquier otra cosa. La calle 180, cuadra por la que se llegaba al puente, era un camino real o de herradura, rodeado de algunos árboles que no hacían sino resaltar el aspecto rural de la zona.

Para bajar el mercado hasta las casas, los muchachos se cargaban las bolsas al hombro y tenían que caminar desde la séptima, ya que los carros no se atrevían a transitar por la otra entrada a San Antonio, la 182, conformada por varias cuadras llenas de polvo y piedra en verano y lodo en invierno. Los vecinos no resistieron por mucho tiempo esa situación, así que decidieron unirse y el 30 de julio de 1990 enviaron una carta al director del Instituto de Desarrollo Urbano (IDU). El 23 de agosto del mismo año, Carlos Villegas, en representación del alcalde Juan Martín Caicedo Ferrer, le comunicó a Leonidas García, presidente de

▷▷ * Estudiante de Pedagogía en Literatura, Universidad Santo Tomás, 21 años.
Taller de Usaquén.

la Junta de Acción Comunal, que la petición acompañada de 142 firmas de propietarios de casas, en la que se requería la ampliación de la 180 hasta la séptima, había sido aprobada y que pronto las obras se pondrían en marcha. La noticia los alegró y no tuvieron tiempo para pensar que aquel era el principio del fin.

Mientras tanto, el puente seguía siendo un objeto importante, sobre todo para los niños, porque este armazón de madera con barandas a lado y lado y más o menos dos metros de largo era, además, un pasamanos con el que Diana Nope y “los de la cuadra” tenían tardes enteras de diversión y caídas. Ella, estudiante de cuarto grado en aquella época, sonríe al recordar cómo los borrachos, eternos amantes del suelo, se tropezaban con los tres escalones que el puente tenía al comienzo y al final.

Asimismo recuerda: *“Algunos de los del barrio tenían un pito a la mano”*, prestos a avisar a los demás de presencias extrañas que perturbaran la tranquilidad de un barrio que no estaba lejos de ser un atracadero; las calles que discurrían junto al caño desaparecían bajo la oscuridad de las noches sin luna, porque el alumbrado público era aún una leyenda urbana. Precisamente, por aquel ambiente de inseguridad que rondaba al puente, los estudiantes preferían hacer su propio camino y utilizar llantas y tablas en un trecho más abajo del paso “oficial”, que cruzaban divertidos dando saltos como los renacuajos que habitaban el caño y los pastizales.

♦ Los enemigos del puente

Estas circunstancias daban pie para que los Hermanos de la Salle armaran pleito porque sus “sagrados” terrenos eran invadidos hasta por las vacas que llevaban a pastar en los potreros más arriba de la séptima. Aunque pronto su anhelo de derribar el puente de sus trasnochos, se iba a convertir en realidad, pues a la par de la solicitud para que hubiera vía principal, la civilización tomó en sus brazos la parte más rural de San Antonio.

La razón por la que no existía la 180 hasta la séptima era un potrero que de acuerdo con don Manuel, que vive hace 25 años en el lugar, pertenecía a un militar de apellido París. Pero quien utilizaba parte del terreno era Gegar Televisión (Germán García), dueño de una casona, más conocida como La Perrera, donde convivían algunos perros utilizados para su programa. El olor los hacía vecinos insoportables. Por el lado de la séptima, el lugar acogía algunas casas campesinas que se alzaban imponentes y hermosas, las cuales fueron inmortalizadas en la mente de doña Luz, comerciante del barrio y ex esposa de don Manuel.

Un día del año 1992, alguien decidió que era hora de aprovechar aquella extensión de tierra, así que fue comprada y convertida en lo que entonces se creía iba a ser un triunfo de los inversionistas: empezó la construcción de Codabas, centro de alimentos, réplica reducida de Corabastos y edificación utilizada en programas de televisión como *Pedro El Escamoso*, entre otros.

Quienes construyeron fueron conscientes de la necesidad de una calle digna de ser transitada por los autos lujosos y los humildes carritos de mercado de quienes vivían cerca. Por fin hubo vía decente para circular. Del mismo modo, el transporte, escaso hasta entonces, encontró el cañón que lo impulsó, permitiendo que San Antonio fuera reconocido como parte del mapa de Bogotá, que crecía como un bostezo. Ya no era más un barrio pirata.

♦ De puente a fortaleza

Pero fue el puente el que cargó sobre sus frágiles tablas la mala suerte de ser desechado y los Hermanos de La Salle respiraron a sus anchas. Inclusive sus palabras demostraron el alivio, pues don Manuel relata que el hermano Oliverio dijo: *“Bendito sea Dios que pudimos quitar esa entrada”*, sin pensar que perjudicaría a una inmensa cantidad de personas.

De un lado, los estudiantes fueron obligados a ejercitarse a punta de caminar hasta la entrada de la séptima. Al menos eso era en teoría, pues por más que los Hermanos trataron de cerrar el atajo de una cuadra más abajo, tanto padres como niños lucharon por obtener un nuevo puente que jamás llegó. Algunas veces las tablas se partían o las llantas facilitaban los resbalones y el barro cubría las ropas de quienes corrían con semejante infortunio, pero, obviando el fétido olor que las aguas no tratadas expelían, nada impidió que esta ruta fuera utilizada. Los improvisados pontezuelos se convirtieron en muestras latentes de la resistencia que todos creaban para desafiar la autoridad medieval. Los Hermanos hacían la guerra retirando los objetos que casi a diario aparecían como por obra de un duende. Cuando no podían reemplazarlos, las mamás se transformaban en expertas jugadoras de básquet, lanzando a la otra orilla las cosas que los niños olvidaban, tal como lo hacían doña Martha y doña Luz.

También se afectaron las tiendas aledañas. Doña Luz, la dueña de la tienda más cercana, cuenta como luego del abatimiento por la desaparición del puente, algunos estudiantes y profesores sorteaban los peligros del caño, jugando a la cuerda floja para comprar las onces o los útiles. Y es que el puente le sirvió a doña Luz hasta para que dos muchachos cogieran a un chico que un día intentó robarse una calculadora y se escapó saltando las llantas y las tablas puestas por los estudiantes. Pero la cruzada por desaparecer la vía de acceso inventada fue suficiente para acallar las voces.

El puente y sus alrededores tuvieron historia, incluso, como fuente informal de ingresos. Doña Irene, dueña de una de las casas junto al caño, mira no sin cierta melancolía hacia donde alguna vez existió el puente y habla de su lucha por conseguir algún ingreso extra que le permitiera una vida menos difícil. Por ello convocó a otros dos vecinos con los cuales pusieron junto al puente ventas de comida, entre las cuales no faltaban los helados, arequipes, dulces y papas chorreadas. Lo llamaban San Victorino. Los envidiosos no soportaron su éxito y decidieron montarles competencia... *“luego nos echaron”*, dice, cuando las autoridades decidieron que ese no era sitio para vender.

Las anécdotas no faltaron. Poco antes de que cerraran el puente, Jenny y sus amigos fueron a Codabas a comer patilla con la profesora Omaira y cuando volvían en fila, algunos de adelante dejaron cáscaras sobre el puente, *“más de uno se cayó por la patilla”*, exclama ella entre risas. Afortunadamente, era época de verano y el caño no constituía un gran peligro.

♦ **Dos generaciones sin atajo**

Desde ese entonces han transcurrido más de 17 años, y se puede concluir que las palabras de dos generaciones que hicieron del puente un objeto simbólico, se las ha llevado el viento o quizá navegan junto a la basura que el caño arrastra hasta su desembocadura diez cuadras más abajo. Los nuevos estudiantes se resignaron a caminar un trecho absurdo, sobre todo para quienes viven junto al colegio; más de 15 minutos de recorrido, cuando antes lo máximo eran cinco. Además, quienes tienen niños pequeños y les es imposible llevarlos a causa de sus trabajos, tienen que contratar a alguien más o arriesgarse a dejarlos ir solos, porque el “paseo” incluye un trayecto junto a la séptima, donde los carros no respetan los límites de velocidad.

Este caño, hogar de un pequeño gran puente, está a punto de ocultarse bajo las losas de una nueva vía que permitirá acceder a la carrera novena, supuestamente en construcción. No es probable que los estudiantes se vean favorecidos, pues si tantos años de disputas y peticiones no persuadieron a los directivos de la institución, mucho menos lo hará esta ruta. El único beneficio que traería sería el de quitarle a los marihuaneros el sitio para esconderse, así como el baño al aire libre a los borrachos.

Algunos aún pasan a brincos por el caño, tal como lo asegura doña Irene, pero son estos, esporádicos rebeldes, recopiladores de la memoria barrial, quienes batallan por una causa perdida.